

# EL SABIO DEL NILO

Jesús Cortés

Dibujos de  
Mar Silvestre



ámbitos

## EL SABIO

En el antiguo país de Kemet, el actual Egipto, vivía hace más de tres mil años un sabio llamado Rashidi. Durante toda su vida había ejercido de escriba y consejero real en el palacio del faraón Ramsés II. Sin embargo, la vejez le anunciaba que había llegado la hora de abandonar el cargo. El sabio Rashidi se sentía cansado. Las responsabilidades ya le pesaban demasiado. El corazón le demandaba marcharse a vivir tranquilo a orillas de su querido río, el Nilo. Había pensado trasladarse a tierras de Nubia, al sur de Egipto.

Así fue como llegó el día en el que el sabio, con la decisión tomada, solicitó ser recibido en audiencia por el faraón Ramsés. Quizá no era buen momento para efectuar peticiones. No

hacía demasiado, el faraón había combatido en Qadesh contra los hititas de Anatolia con el fin de evitar la invasión de Egipto. La batalla no tuvo un claro vencedor. Nadie la había ganado realmente. No obstante, el faraón no se resignaba a aceptarlo. Desde su regreso del campo de batalla, tenía una espina clavada en el corazón. El faraón siempre había demostrado ser un gran guerrero en numerosas campañas militares. Incluso se había enfrentado a piratas en la costa mediterránea. La victoria siempre lo había acompañado. Sin embargo, la batalla de Qadesh le había dejado un mal sabor de boca. Rashidi solo esperaba que tal inconveniente no jugase en su contra.

Cuando el escriba entró en la sala de audiencias, Ramsés lo esperaba en el trono de oro macizo. Como hacía mucho calor, el faraón mostraba el torso desnudo. Del cuello le colgaba un escarabeo de lapislázuli que representaba al dios Jepri. Lo llevaba como amuleto protector contra el mal. El faraón solo vestía un *shenti* amarillo

de lino y unas sandalias de cuero. Un *nemes* ceñido con la diadema de una cobra le cubría la cabeza rapada. Rashidi, en cambio, no necesitaba raparse la cabeza. Estaba completamente calvo. También vestía un *shenti* y sandalias. Pero una túnica blanca sin mangas ceñida con un cinturón le ocultaba la faldilla. De rodillas, el sabio Rashidi solicitó permiso para hablar.

–Lo tenéis, fiel Rashidi –dijo el faraón con tono amable.

El sabio pensó que quizá por intervención divina el faraón se hallaba de buen humor, y, sin dejar de mirar al suelo, dijo:

–Majestad, es por voluntad propia que debo haceros una petición.

El faraón, altivo y omnipotente, guardó silencio unos segundos.

–Hablad –dijo a continuación.

Rashidi asintió.

–Soy viejo y he perdido facultades –afirmó–. Mi cabeza ya no está en condiciones de servir como merece Su Majestad. Por eso os ruego que

me liberéis del cargo y pongáis en mi lugar a quien, en vuestra sabiduría, decidáis.

La petición sorprendió al faraón. Rashidi se quedó callado. Ya había dicho todo lo que tenía que decir. Ramsés lo conocía bien. Sabía que era parco en palabras.

—¿Pretendéis abandonarme? —preguntó el faraón.

—El adorado Thot sabe que no es así, Majestad —contestó el escriba—. Y también debe saber que no soy digno de perder vuestra confianza por no serviros debidamente.

El faraón se levantó del trono y ordenó a Rashidi que se pusiese en pie.

—Me habéis servido bien —le respondió.

Faraón y escriba salieron a uno de los majestuosos balcones de mármol del palacio. El sol lo cubría por completo. Desde allí se veía el gran delta del Nilo en toda su extensión. El delta había conocido diecinueve dinastías de faraones, el último de los cuales, Ramsés II, había seguido engrandeciendo la civilización forjada por





sus predecesores. A través de sus ojos, el faraón contemplaba los casi dos mil años de historia del delta.

–Somos un gran pueblo –dijo Ramsés mirando hacia el sol–. No en vano somos hijos de Ra.

–Él nos ilumina con sus cálidos rayos –añadió Rashidi con tono humilde.

–Nos ilumina y le debemos la vida, tanto a él como al resto de los dioses a los que adoramos dedicándoles los templos más espléndidos.

–Así tiene que ser –murmuró Rashidi.

–Me quedan muchos proyectos por inaugurar, apreciado Rashidi.

El faraón se refería a un buen puñado de construcciones pendientes de acabar; los templos de Nubia, los de Ipet Sut, que serían conocidos como los templos de Karnak...

–Gozáis de la fuerza divina para llevarlos a cabo, Majestad –dijo Rashidi–. Pero mis ojos tal vez no los verán acabados. Solo quiero dar descanso a mis huesos cansados y acabar la eta-

pa final de la vida junto al río, el que favoreció los designios divinos e hizo de nosotros lo que ahora somos.

—La raza más poderosa de la tierra —dijo el faraón, pletórico de orgullo.

Rashidi asintió nuevamente sin dejar de mirar las velas de los barcos que navegaban por los brazos del río.

—Siempre me habéis aconsejado con prudencia y sabiduría —continuó el faraón—. Vuestra honorabilidad me obliga a aceptar la petición que me hacéis. Soy un faraón justo. Recompensó la fidelidad igual que castigo con mano de hierro la insolencia y la traición.

Rashidi lo sabía muy bien. Ante cualquier sospecha de traición, el faraón ordenaba castigos fulminantes. Y sus órdenes eran leyes.

—Si es vuestro deseo, id en paz, Rashidi —dijo el faraón—. Vuestra petición es justa, como justa es mi decisión.

Rashidi hizo una genuflexión en señal de respeto. El escriba no era muy alto. Más bien era



poca cosa. Pero, de rodillas ante el faraón, todavía parecía más escuálido de lo que era. El faraón, en cambio, era alto y musculoso, de espalda ancha y cintura estrecha. Tenía la mirada de Mehen, el dios serpiente, la nariz aguileña y una mandíbula prominente, como esculpida en roca. La piel tostada por el sol mostraba las cicatrices de las numerosas guerras que había librado. A su lado, el escriba era como un lirio marchito a la sombra de un roble.

–Gracias, Majestad –dijo Rashidi.

–¿Sabéis dónde viviréis? –le preguntó el faraón.

–Buscaré una casa cerca del río. Había pensado trasladarme a tierras de Nubia.

–Llevaos todo lo que necesitéis. Harina, grano, sal... Tantos sacos como queráis. Los necesitáis para seguir adelante. Redactaré un escrito para eximiros del pago de tributos al Estado.

El pueblo llano no se salvaba. Ciudadanos y esclavos se dejaban la piel trabajando en los campos o en los obradores, pero una buena parte

de la producción acababa en las arcas del Estado. Rashidi siempre había pensado que los tributos recaudados por los funcionarios eran un poco abusivos.

El faraón se quedó, de repente, pensativo.

—¿Os llevaréis a los dos criados que tenéis?  
—preguntó.

—Los criados que me han servido son vuestros, Majestad. No tengo derecho alguno a llevármelos —contestó Rashidi.

—Que os sigan sirviendo —decidió el faraón mostrándose magnánimo.

Rashidi bajó la cabeza, con humildad.

—No soy merecedor de tanta generosidad, Majestad —dijo.

—¿Pero de qué viviréis cuando no os quede harina con la que pagar nada? —preguntó el faraón.

—Seguro que hallaré una ocupación con la que ganarme el pan. Siempre he sido hombre de recursos.

—Y bien que me lo habéis demostrado con el paso del tiempo.

La despedida entre escriba y faraón fue casi fraterna, y, mientras Rashidi regresaba a sus estancias, sintió que el corazón iba a estallarle en el pecho. Miraba los muros relucientes de palacio y se imaginaba las paredes de una humilde cabaña, con el rumor del Nilo entrándole por las ventanas. Tras toda una vida de trabajo, veía sus deseos cumplidos. Por fin se sentía libre. Y en completa libertad, sin perder más tiempo, se puso en marcha.

Rashidi buscó en el puerto algún barco que pudiese llevarlo río arriba. Un comerciante dedicado al transporte de mercancías le preguntó hasta dónde quería ir. El comerciante se llamaba Musa.

—Hasta tierras de Nubia —le contestó Rashidi.

El mercader no solía llevar pasajeros en sus viajes. Solo lo acompañaban dos marineros que se ocupaban de gobernar el barco y de cargar y descargar mercancías de puerto en puerto.

Musa y Rashidi debían de tener más o menos la misma edad. Pero Musa, a pesar de ser

delgado y viejo, mostraba una fortaleza que los años de navegación le habían esculpido por todo el cuerpo.

–¿Y viajaréis solo? –preguntó el mercader.

–Con dos criados –contestó Rashidi.

Musa se sorprendió. El pueblo llano no solía tener criados a su servicio. Rashidi los había tenido por obligación del cargo. Y ahora los tenía por deseo del faraón. Se llamaban Abasi y Khalid. Eran negros africanos que habían llegado a Egipto años atrás en busca de trabajo. Y lo encontraron quedando a cargo de Rashidi como criados.

–Debéis de ser una personalidad importante –dijo Musa, con la esperanza de salir de dudas.

Rashidi le adivinó las intenciones.

–He sido escriba de Su Majestad –aclaró–. Pero ya he dejado el cargo.

–¡Un escriba de Su Majestad! –exclamó Musa.

Rápidamente el mercader se hincó de rodillas.

–He dicho que he sido escriba de Su Majestad y que he dejado el cargo –le dijo Rashidi–. Os agradecería que me trataseis como a un ciudadano más. No os arrodilléis así. Éramos los escribas los que nos arrodillábamos ante el faraón.

Musa levantó la cabeza.

–Pero erais escriba –dijo–. Formabais parte del círculo de sabios y consejeros del faraón. ¡Sois un sabio!

–Los conocimientos son una cosa. El rango, otra. Y ahora mi rango es el de ciudadano –explicó Rashidi.

–Entonces... ¿me levanto? –dudó el viejo marinero.

–Los ciudadanos somos merecedores de respeto, no de adoración –le contestó Rashidi.

Musa se puso en pie. Comenzó a frotarse las manos pensando en el negocio.

–Nosotros navegamos de puerto en puerto. Río arriba por una orilla. Río abajo por la otra. Transportamos mercancía.

—Os daremos los mismos problemas que la mercancía que transportáis.

—Pero habéis dicho que queréis llegar a tierras de Nubia —dijo el mercader—. Nunca llegamos tan al sur.

—Podéis hacer una excepción. Os pagaré bien.

—¿Cómo de bien? —se interesó Musa.

—Cinco sacos de harina y cinco más de garbanzos. Y, cuando desembarquemos, os cederé temporalmente a uno de los criados que me acompañan.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Hasta la próxima crecida del río. Devolvéd-melo entonces.

Estaban en época de siembra de campos. Todavía faltaban meses para que el Nilo creciese e inundara los márgenes como hacía cada año con la llegada del verano.

Era un buen trato y Musa lo aceptó. Además, nadie le iba a impedir que por todas partes se supiese que había llevado a un escriba del faraón en su barco. Eso lo iba a llenar de orgullo.

Pasados unos días, los aposentos de Rashidi en palacio quedaron vacíos. En el barco del mercader Musa, los criados Abasi y Khalid cargaron las pertenencias del escriba y, a la hora prevista, zarparon del puerto. Por orden de Rashidi, Abasi y Khalid echaron a suertes cuál de los dos se quedaría con el mercader. Para Rashidi, que tenía devoción por el río, fue como iniciar un viaje mágico. Sabía muy bien que, sin las aguas del Nilo, Egipto nunca habría podido existir. Era difícil creer que, a ambos lados, tan cerca, todo fuese un desierto de arenas ardientes. Las ciudades que seguían el curso del río, los campos de trigo y cebada, la vegetación exuberante que las palmeras colmadas de dátiles contemplaban desde las alturas... Nada, desde hacía milenios, habría sido posible sin el oro de la vida que representaban las aguas del Nilo.

La travesía río arriba se hizo lenta, pero para Rashidi fue como un regalo de los dioses. Se quedaba boquiabierto admirando los juncos, los



bambúes, los lotos sagrados de corazón amarillo y pétalos azules que se abrían de noche y se cerraban de día.

—Los pétalos son el cielo y el corazón es el sol, el alma de Ra —le comentaba Rashidi a Musa—. El sol naciente y el sol poniente.

Musa lo ignoraba.

—Solo los sabios saben esas cosas —dijo.

—Pero ¡mirad! —señaló Rashidi hacia el cielo—.

¡Una garza real!

Musa le seguía el juego.

—Y por allá una bandada de gaviotas —repliqué—. Estoy harto de verlas. Lo ensucian todo. Y tienen un mal genio...

—¡Y aquello son cuervos bebiendo en la orilla!

Incluso los criados se alegraban del gozo de su amo mientras surcaban las aguas azules del río.

Después de dejar atrás la ciudad de Menfis, llamada Men-Nefer por los antiguos egipcios, Rashidi preguntó cuánto faltaba para llegar a Uaset, ciudad que, con el paso del tiempo, sería conocida como Lúxor.